

Stavrogin

## Noticario

En la revista de Quito, «*Nueva era*», el director de ella, Julio C. Larrea se ocupa de dos libros de don Enrique Molina: «*La herencia moral de la filosofía griega*» y «*Proyecciones de la intuición*», refiriéndose también, brevemente, a la obra en general del señor Molina: «El Rector y profesor de filosofía de la Universidad de Concepción mantiene en función de presente las ideas y principios universales, a pesar de la secular antigüedad de éstos y a pesar, también, de que las incitaciones económicas y técnicas llaman a los hombres actuales hacia los apretujamientos multitudinarios que, al encender las emociones, apagan las llamaradas reflexivas. Por eso en Enrique Molina los poderes cerebrales desarrollan la curva máxima. Curva que mira hacia el universo y la humanidad, en sus grandes procesos formativos. Por eso en sus libros clarea la información y documentación universalista; y por eso mantiene, para sus alumnos, el gobierno pleno de la dirección mental. No cabía ni duda que sus meditaciones hondas tenían que explorar las minas de la sabiduría griega».

Sobre «*Proyecciones de la intuición*», entre otras cosas dice Larrea: «¿En que consiste la intuición desde el punto de vista filosófico? Molina estudia todas las contestaciones que la pregunta inquietante ha obtenido. Pesa conceptos, proposiciones y conclusiones, destruyendo unas, interpretando otras, completando y rectificando la mayor parte de ellas y buscando

los puntos de contacto con que intentar la formulación de un concepto único, que sin descuidar los métodos y los fines de la filosofía, bucea en las profundidades psicológicas. Para acertar con el concepto, hay que recorrer las esferas de la formación a priori, el razonamiento discursivo, la representación que de la realidad se hacen las distintas individualidades, el conocimiento alcanzado sin trabazones y sin procesos, es decir, de un solo golpe, los fenómenos de la inteligencia y de la conciencia, los orígenes y las trayectorias de la «experiencia» inmediata y mediata, la percepción en relación con la experiencia y el don de adivinación».

\* \* \*

Entre los escritores franceses todavía jóvenes, Philippe Soupault (nació en agosto de 1897, en Chaville, Seine et Oise) tiene una de las personalidades más ricas y variadas. Cuando aun no tenía veinte años, en el movimiento dadaísta—uno de los más simpáticos, ingeniosos y juveniles movimientos literarios de Francia en el primer cuarto de siglo—le cupo una actuación directiva. En uno de sus libros dice: «Yo soy sólo uno de los presidentes del movimiento «Dada». Lo he amado y destestado mucho. Me gusta que se me devore. «Cada uno tiene sus gustos»; es lo que iba a decir. Poco a poco y con seguridad, perdíamos el contacto y llegábamos a ser nuestros propios esclavos. Varios tuvieron miedo. El espíritu de cuerpo es cada día más escaso. Yo estaba pronto. Prefería que se me llamara Philippe Dada a Philippe Soupault. Cuestión de gusto. Yo no robo mis frases. Todo ha concluído ahora. Escribo novelas, publico libros, me ocupo. Y a otra cosa».

«*Aquarium*» (*Au Sans Pareil*, 1917) es una de sus obras de ese tiempo, iniciando también con ella su carrera literaria. En seguida publica «*Rose de vents*», 1920, «*L'Invitation au suicide*», 1921, «*Les Champs Magnetiques*», 1921, «*Westwego*»

1922, etc., todas de poemas. Después la novela, el ensayo, el poema nuevamente, el periodismo se reparten su animosa actividad. El año pasado ha reunido en un hermoso tomo, veinte años de su labor poética. Este se titula: «*Poesies completes*», 1917-1937 (Edit. G. L. M.-6, rue Huygheus, París). Contiene el volumen los poemas de «*Aquarium*», «*Rose de vents*», «*Westwego*», «*Georgia*», «*Epitaphes*», «*Chanssons*» y «*Etapas de l'Enfer*».

En esta poesía está en primer plano la transparencia, porque es cristalino el lenguaje de Soupault y el ojo traspasa su superficie y llega a su interior directamente, encontrando sus elementos limpios y desnudos de toda extranjera condimentación. Nada enturbia su composición, siendo pura como una materia química simple. Móvil y fresca, ningún peso muerto entraba la permanencia de su fluidez. Libre de retórica y de «procedimientos», su impulso se desarrolla alado y virgen. Poesía lúcida, su clima es de salud y primavera, su agilidad es de piernas y corazones juveniles.

«En sus poemas—dice la «*Antologie de la nouvelle Poesie Française*»—brota tal fluidez que al comienzo desconcierta y sorprende. Nada puede comparársele como delicioso y conmovedor. La delicada pureza de las imágenes y su desenvolvimiento cristalino, son una corriente continua. No se pudo, pues, definirla ni aprisionarla. En vez de una estatua de bellos costados o una gitana atolondrada, es música viniendo de lejos, que cruza un escenario y sabe penetrar».

\* \* \*

No sabemos si antes en Hollywood se ha filmado alguna novela de algún escritor hispanoamericano. En todo caso, actualmente es una novela venezolana la que ha obtenido esta fortuna. Nos referimos a «*Doña Bárbara*» de Rómulo Gallegos, cuya filmación pronto será terminada. Esta filmación

ha sido presenciada en varias de sus partes por el autor que poco antes había sufrido un accidente automovilístico en Arizona. Con la versión cinematográfica de «Doña Bárbara», esta obra en que el juego de las pasiones humanas tiene como fondo elementos telúricos, venezolanos acrecentará su proyección, acercando su vitalidad crecida a las masas cinelófilas.

\* \* \*

En las postrimerías del año 37, falleció en Francia Elie Faure, autor de una obra fundamental: «Historia del arte». Tenía setenta años, pero había tanta juventud en su posición frente al siglo como en su espíritu que no traspasaba todavía el estadio primaveral. Porque la vejez con sus calamidades biológicas que, generalmente, repercuten en la zona más íntima e inmaterial del hombre no habían logrado introducirse en ese espacio, donde reside lo más puro y digno del ser. Tenía conceptos muy claros de la actitud del artista frente a la sociedad. Decía, por ejemplo, que había que «vivir como un artista, pero sin separarse de la acción». Y su naturaleza vitalmente apasionada y su vida lo demostraron de manera inquebrantable. Consideraba al mundo creado por el arte no tan sólo útil, sino que también y después del pan, como «la única cosa verdaderamente útil para todos». No es extraño, entonces, que su amor a las muchedumbres, al pueblo, fuera en Elie Faure, arraigado con fuerza decisiva. Sabía que «el pueblo es la fuente sagrada», como dice Sofía Arzarello, en un bello artículo recordatorio: «El artista—afirmaba Faure—es la muchedumbre, a la cual pertenecemos todos nosotros y en el cual nos definimos todos nosotros con todo nuestro consentimiento o a pesar de nuestra rebelión. El arte se comunica con la ciencia por el mundo formal que es el elemento de su obra, penetra en el plano social y se dirige a nuestra facultad de amar. Y hay grandes sabios

que no saben emocionarse; y hay grandes hombres de bien que no saben razonar. Pero no hay un héroe del arte que no sea al mismo tiempo, por la áspera y larga conquista de sus medios de expresión, un héroe del conocimiento, un héroe humano por el corazón».

\* \* \*

El 31 de diciembre de 1877, murió en Suiza después de haber sido derrotada en París «La Comuna», con la que había simpatizado, el gran pintor francés Gustave Courbet. Desde que por primera vez se presentó al público, en el salón de París de 1844, Courbet demostró su independencia, combatiendo con sus cuadros, la moda imperante o sea, el artificialismo en la pintura francesa de esos tiempos que se circunscribía a explotar motivos adocenadamente históricos, religiosos o retratar mujeres en las posiciones y en las formas más amaneradas. Reaccionó contra la pintura extremadamente literaria y penetró de golpe en la naturaleza, fué a la conquista de la vida humana para el arte pictórico y el hombre y sus problemas, cupieron en la dimensión de sus cuadros. Como ciudadanos, Gustave Courbet comprendió que no podía desentenderse de la vida social que lo rodeaba. Estuvo con el pueblo y en la cárcel de Sainte Pelagie estuvo preso con otros «comuneros». Logró fugarse para morir en tierras extrañas.